

Marcello Simoni

MUERTE EN EL CLAUSTRO

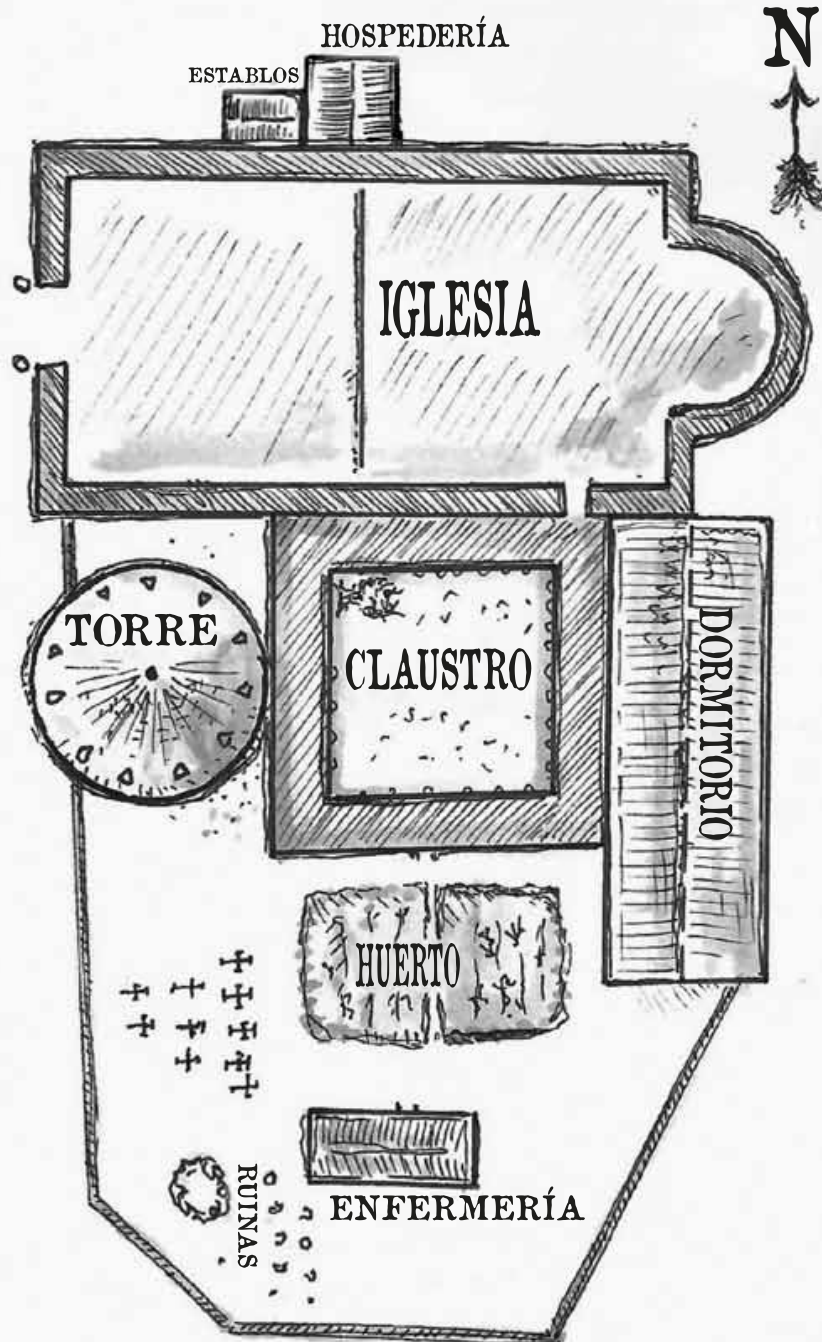
Libros de
seda

Sumario

15	Prólogo El cortejo fúnebre
21	Primera campana Maitines
61	Segunda campana Laudes
99	Tercera campana Hora prima
165	Cuarta campana Media mañana
219	Quinta campana Mediodía
261	Sexta campana Ningún toque
287	Séptima campana Vísperas
311	Epílogo Completas
315	Nota del autor
317	Agradecimientos

*Para Aramis,
que corre en el viento*

El monasterio de San Lázaro



Personajes*

Comunidad del monasterio de mujeres de San Lázaro

Madre Engilberta de Villers, abadesa (*magistra abbatissa*)

Sor Beatrice de Marcheselli, novicia, viuda de Manfredo de Ademari

Sor Ágata de Corteregia, monja joven

Sor Ambrosia, *infirmaria*

Sor Basilia, monja anciana

Sor Celeste, monja anciana

Sor Giacinta, mentora de las novicias (*formaria*)

Sor Giuditta, cillerera

Sor Nicodema, campanera

Sor Próspera, portera

Sor Teodora, cantora

Sor Ursiana, priora (*praeposita*)

Otros personajes

Anselmo de Velletri, peregrino

Guido de Ademari, hermano de Manfredo

Manfredo de Ademari, marido de Beatrice de Marcheselli

Fray Raterio de Psalmodie, clérigo

Padre Vespertilio, sacerdote y confesor del monasterio de San Lázaro

Padre Volcmaro de Eichstätt, viejo canónigo

Winda de Saint-Félix, acompañante de Raterio de Psalmodie

Si también hablase la lengua de los hombres y de los ángeles, pero no gozara de la virtud de la caridad, mi voz sería como el mero retumbo de un bronce o el tintineo de un címbalo.

PABLO DE TARSO,
Primera carta a los corintios, 13, 1

Pero puesto que eres tímida al hablar, necia al argumentar e inculta al escribir, no hables ni escribas de estos temas atendiendo al habla humana ni a la inteligencia de la invención humana ni tampoco al deseo de expresarte humanamente, sino atendiendo a lo que tus ojos y oídos entienden de los celestiales y miríficos portentos creados por Dios.

HILDEGARDA DE BINGEN,
Visiones, I

Prólogo

El cortejo fúnebre

Avanzad, corred, creced, que ha llegado la última hora. Aunque esta hora se haga larga, es en verdad la última.

AGUSTÍN DE HIPONA,
In Iohannis Epistulam tractatus, 3



*Año del señor 1187, 21 de octubre
Ciudad de Ferrara*

Como un rebaño reunido en torno a la catedral, el pueblo tenía sus miles de ojos fijos en el majestuoso carro fúnebre tirado por cuatro yeguas. Era una mañana fría, inmersa en una niebla tan espesa que apenas si se vislumbraba el resplandor del séquito que, con lentitud ceremonial, seguía el féretro hacia el gran edificio. Un séquito interminable, conformado por religiosos de todas las órdenes y grados, cada uno concentrado en la antorcha o el incensario que sostenía mientras recitaba cabizbajo los versos del réquiem.

Los tres hombres observaban la escena en la distancia, más allá del mar de gorros y capuchones que se había juntado en la plaza incluso antes del alba. Detenidos bajo el arco de un pórtico, estaban envueltos en sus trajes de peregrinos y poseían el mismo aspecto hierático que tres reyes magos venidos de tierras lejanas para verificar una profecía.

—Quién lo iba a decir —comentó el más joven de todos con cierto pesar.

El anciano del grupo sacó una mano de las dobleces de la capa y aferró la pequeña imagen sagrada que llevaba colgada del cuello.

—Ojalá no hubiéramos dejado pasar ciertas señales...

—¿Qué señales? —inquirió el tercer individuo, un hombre de edad madura y tupida barba color negro azabache.

—Tal vez —reveló el anciano— la dolencia que acabó con la vida de su santidad no se desató por causas naturales.

—No estaréis insinuando que... —se estremeció el joven.

—Observadlos —lo interrumpió el anciano—. Observadlos con atención.

Estaba señalando a la cabecera del séquito, en la cual, pese a la niebla, se entreveía a una veintena de prelados envueltos en el característico color púrpura cardenalicio.

—Los hombres a los que acusáis con tanta ligereza —le recordó el peregrino de barba color negro azabache— pertenecen al círculo más estrecho del pontífice. ¿Por qué iba uno de ellos a urdir una conspiración contra él?

—Fijaos en el cisterciense —se limitó a responder el anciano, señalando con el dedo una figura encorvada y demacrada que se arrastraba con un báculo de madera tras el carro.

—Es Enrique de Marcy,¹ cardenal obispo de Albano —declaró el otro hombre, como si con aquello bastase para desechar cualquier sospecha—. ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿Es que no os habéis dado cuenta? —lo acusó el anciano—. ¡Se está riendo!

—Pero, por el amor de Dios... —intervino el joven—, ¿cómo van a discernir vuestros cansados ojos la expresión de una persona a tanta distancia?

—¡Os digo que se está riendo! ¡Se está riendo! —recalcó el viejo, mientras aferraba de manera ansiosa la pequeña imagen—. Al igual que su digno secuaz, el canalla de barba afilada que le pisa los talones.

Se refería a Guillermo de Champaña, más conocido como Guillermo de las Blancas Manos.² Aquel que, antes de aspirar

1 N. de la Trad.: Personaje histórico de origen francés que vivió entre 1136 y 1189. Obtuvo el cargo de cardenal obispo de Albano en 1179 y, durante los años siguientes, se centró en la represión de cátaros y valdenses.

2 N. de la Trad.: Cardenal y arzobispo francés que vivió entre los años 1135 y 1202.

al púrpura cardenalicio, había ocupado el trono obispal de Chartres y Reims.

El hombre de barba afilada se abstuvo de hacer comentario alguno y fijó la atención en el carro fúnebre, que estaba a punto de detenerse frente a la fachada de la catedral, mientras la procesión se dividía poco a poco en dos para rodearlo.

—Entonces, según vos... —prosiguió con algo de inseguridad—, ¿al papa Urbano III lo han asesinado dos príncipes de la Iglesia?

—Envenenado —precisó el anciano—. Lo han envenenado.

—No tiene ni pies ni cabeza —objetó el joven.

—¡Oh, todo lo contrario! —declaró el viejo—. Y, ay, nos afecta a todos nosotros.

Sus dos compañeros lo contemplaron consternados.

—Así es, amigos míos. Todo esto es por la reliquia —confirmó el anciano, cada vez más taciturno—. La han robado —añadió, mientras las campanas comenzaban a llenar el aire con su lúgubre tañido—. Poco antes de que su santidad exhalase su último suspiro, alguien abrió el cofre y se la llevó.

Acto seguido, presa de un repentino silencio, hizo un gesto de reverencia al sarcófago que estaban levantando del carro para transportarlo hacia el interior de la catedral.

Primera campana

Maitines

La hora de maitines entre el disiparse
de las tinieblas y el rayar del alba.

RÁBANO MAURO,
De universo, x, 7



Capítulo 1

*La noche del 21 al 22 de octubre
En los arrabales de Ferrara, monasterio de San Lázaro*

La madre Engilberta no sabría decir si lo que la despertó fue el grito o el tañido de las campanas. Alzó la cabeza y se encontró sentada en el escritorio, a oscuras, rodeada del humo perfumado de la vela que acababa de apagarse. Tenía el corazón atolondrado en el pecho. Seguía sosteniendo con los dedos de la mano derecha la pluma de oca con la que había estado escribiendo hasta quedarse dormida.

«Quizá solo haya sido una pesadilla», reflexionó, ajena a la causa de la angustia que, como un invitado desagradable, parecía haberse posado en su interior. Tras acariciar la piedra de serpentina incrustada en su anillo, se puso en pie y afinó el oído, buscando consuelo en las campanadas argénteas de maitines.

Pero, de pronto, se aproximó a la ventana abierta, situada detrás del escritorio, al oír otro grito.

Entre las rejas de aquella abertura, se entreveía un claustro semioculto por la copa desnuda de un gran cerezo. Había una figura en el centro del patio. Una silueta más negra que la noche, arrodillada frente a un pozo.

—¿Has sido tú la que ha gritado? —preguntó la madre Engilberta, pensando que se trataba de una monja.

La figura permaneció con la cabeza agachada, tan inmóvil que su observadora llegó a dudar de si se habría dirigido a una mera sombra, pero, luego, aquella mancha del color del alquitrán se puso en pie y huyó hacia el pórtico que delimitaba el claustro.

—¡Aguarda! —dijo la madre Engilberta, estremeciéndose, mientras la veía desvanecerse bajo el arco de ladrillos—. ¡Dime quién eres! ¡Dime qué ha sucedido!

La única respuesta que recibió fue el último y débil tañido de las campanas.

Acto seguido, todo volvió a quedar en silencio.

La madre Engilberta permaneció pegada a la rejilla de la ventana, analizando tanto con la mente como con los sentidos lo que acababa de presenciar. Hacía tiempo, su maestra, Hildegarda,³ le había hablado de la naturaleza enigmática de las visiones; las había definido como chispas de sabiduría que acostumbraban a iluminar las almas más perspicaces y sensibles, pero a la madre Engilberta aquella revelación no le parecía ni mucho menos una aparición orquestada por la gracia de Dios. Se asemejaba, más bien, a una *vana imago*. A un fantasma.

Ya fuera tangible o etérea, aquella epifanía se había desvanecido y la había dejado a solas con la única certeza que tenía: era el momento del canto nocturno y, si se retrasaba más de lo debido, daría mal ejemplo.

Encendió un farol, se colocó bien el griñón y salió del estudio. Bajó a paso ligero unas escaleras que daban justo al piso inferior de la torre de vigilancia en ruinas del monasterio. Todavía no podía afirmar con certeza a qué época se remontaba aquel edificio,

3 N. de la Trad.: Hildegarda de Bingen (1098–1179) fue una monja benedictina, nacida en lo que hoy es Alemania. Fue también escritora, mística, teóloga y santa de la Iglesia católica. Compuso música y escribió tratados de historia natural. Fruto del prestigio que recabó en vida, no pocos personajes ilustres de su tiempo la consultaron en busca de consejo, lo que le brindó, asimismo, un marcado perfil político. Fundó, por cierto, el monasterio de Rupertsberg, en el que se formó nuestra protagonista.

pero su aspecto marcial, acentuado por las numerosas troneras en las paredes y las robustas almenas, daba a entender que no siempre se le había dado un uso sagrado. La madre Engilberta, en todo caso, había crecido en los bosques de Brabante, escuchando las gestas de los últimos soberanos carolingios y de los duques de Lotaringia, e incluso después de tomar el velo monacal, seguía profesando un interés secreto, pueril, por las rocas y los castillos de antaño.

Desafiando al frío, llegó al final de las escaleras y atravesó un arco de piedra, antes de recorrer uno de los soportales que se erguían en torno al perímetro del claustro.

Era justo ahí donde había visto la sombra de apariencia humana, meditaba mientras lanzaba miradas rápidas más allá de los arcos. Ahí, junto al pozo. Arrodillada sobre la hierba.

Reprimió el impulso de desviarse y tomar aquella dirección y siguió avanzando entre las columnas hasta llegar a una puerta de madera con tachuelas; después de mirar hacia atrás, la abrió y entró sin más dilación en una pequeña nave alumbrada por las velas. Se trataba de una estructura si acaso incluso más antigua que la torre, utilizada, en un primer momento, a modo de lazareto y, luego, como morada para los ermitaños. No era más que un montón de vigas y ladrillos, sobre cuyas paredes se conservaban los restos de algún fresco. Y, sin embargo, desde hacía seis años, para ella se había convertido en el más dulce de los refugios.

Llegó hasta el altar, depositó el farol sobre un atril y se concentró en el coro, observando los rostros ovalados y pálidos de las veinte mujeres sentadas en semicírculo en la sillería de madera. Eran sus queridas monjas, hijas y hermanas espirituales. Mujeres entre las que, no pudo evitar pensarlo, podía ocultarse la sombra que se había fugado del claustro.

—Oremos —anunció, mientras abría el códice de pergamino colocado en el atril.

Le bastó con contemplar las miniaturas ilustradas del pergamino para liberarse de cualquier inquietud y prepararse para la más pura y noble de las ocupaciones. Muy pronto, su alma, su voz y su respiración se unirían a las de las hermanas para dar forma a un canto sacro que atravesaría como un dardo las últimas horas de la noche.

La madre Engilberta, no obstante, seguía buscando la página dedicada a los oficios de maitines cuando la sobresaltó un grito repentino.

—¡Viene de fuera! —exclamó una de las monjas, desatando el pánico entre las hermanas—. ¡Del claustro!

Capítulo 2

Sor Beatrice estaba agachada entre las raíces del cerezo. Su joven rostro se había transfigurado por el miedo, mientras aferraba con las manos una vela encendida.

Haciendo un gesto a las hermanas para que esperasen bajo el soportal del claustro, la madre Engilberta se encaminó hacia ella elevando el farol sobre su cabeza.

—Hija —le dijo, en un tono que pretendía ser de consuelo—, ¿qué te pasa?

Beatrice, estremeciéndose bajo el hábito de novicia de color gris, se abstuvo de decir nada hasta que la tuvo frente a ella.

—Os pido disculpas, *magistra abbatissa*...

—¿Por qué? —preguntó la madre Engilberta, mientras extendía la palma de la mano para invitarla a salir del rincón en el que se había escondido.

—Venía de las letrinas y llegaba tarde al canto de maitines... —explicó Beatrice, expresándose con mayor claridad y recobrando la compostura—. Por eso, en vez de ir por el soportal que rodea el patio, se me ocurrió cruzarlo para ganar algo de tiempo...

—¿Y bien? —comenzó a impacientarse la madre superiora.

La novicia vaciló unos instantes. Luego, con un rápido movimiento de la vela, señaló el pozo. La madre Engilberta sintió un fuerte escalofrío en la espalda.

—No lo entiendo —disimuló, tras mirar en aquella dirección—. No veo que haya nada fuera de lo normal.

—Mirad bien —la exhortó Beatrice, con una brusquedad tan repentina como inusual.

La abadesa reprimió la tentación de contestarle en el mismo tono y volvió a iluminar el pozo con el farol.

Y, entonces, cada vez más desconcertada, reparó en la soga.

Hecha de cáñamo trenzado y gruesa como un cabo de amarre, estaba atada al arco de hierro dispuesto sobre el brocal y colgaba hacia abajo, bien firme, hasta desaparecer en la cavidad.

—Cuando cruzaba el patio —añadió Beatrice—, oí un estruendo proveniente del pozo, como si algo, oscilando en su interior, chocase con las paredes...

Guiada por el más espeluznante de los presagios, la madre Engilberta caminó hacia el brocal y colocó el farol en el borde del parapeto que delimitaba la cavidad.

—En un primer momento, pensé que sería un cubo... —prosiguió la novicia, que cada vez hablaba con una voz más aguda—, pero, entonces, se me ocurrió pensar que no tenía sentido, ya que ese pozo está más seco que la garganta del diablo y a ninguna de nosotras se nos ocurriría nunca meter un cubo ahí dentro. Así que, por curiosidad, probé a alzar la cuerda y...

Pero la abadesa ya no la estaba escuchando.

Tenía los ojos fijos en la boca de la negrura. Por muy intenso que fuese el fulgor del farol, el claustro seguía a oscuras y resultaba imposible distinguir con claridad qué pendía de la cuerda. Tan solo entreveía una silueta rectangular. Un bulto voluminoso envuelto en una tela oscura.

Así pues, aunque intuyera la naturaleza abominable de aquella cosa, introdujo una mano en la cavidad y... lo tocó.

—¡Por las lágrimas de la Madre santísima! —exclamó, mientras, retrocediendo de repente, caía de rodillas sobre la hierba húmeda—. Por las lágrimas misericordiosas de María...

Casi como respuesta a aquellas palabras, en la negra cavidad del pozo, el cuerpo de la ahorcada comenzó a oscilar de nuevo.

Capítulo 3

—Ahora vas a contármelo todo con pelos y señales —ordenó la madre Engilberta.

—Ya os lo he contado, *magistra abbatissa* —contestó Beatrice.

Estaban sentadas la una enfrente de la otra, en el pequeño locutorio situado en la esquina del claustro. En el centro de la mesa que las separaba, el parpadeo de una vela dibujaba una serie de reflejos color ámbar en sus semblantes, acentuando la diferencia de edad y tono de piel. Una era pálida y tenía las arrugas propias del otoño de la madurez; la otra era joven y de tez morena.

—No seas arrogante —sentenció la abadesa—. Cualquiera se puede equivocar, en especial en momentos de miedo y dolor.

—Me he asustado, es cierto —admitió la novicia—, pero he narrado los hechos con atención y diligencia.

Una vez más, la madre Engilberta tuvo que reprimir la tentación de darle una mala contestación. Lo que la disgustaba no era tanto la orgullosa firmeza de Beatrice, sino el tener que reconocer que aquella joven había sido más perspicaz que ella, que se había percatado al momento de lo que la abadesa, al mirar por la ventana y pasar por el claustro, había pasado por alto.

«Me estoy volviendo vieja y despistada», pensó, pero, acto seguido, se regañó por distraerse con emociones tan vergonzantes como esa cuando el cadáver aún tibio de una hermana seguía pendiendo de una soga en la fría tumba en la que se había convertido el pozo.

—Tú no lo entiendes —murmuró, apoyando los puños en la mesa—. Tenemos que aclarar esta desgracia antes de que amanezca. Antes de que venga gente de fuera... ¿Lo comprendes?

—¿Os referís al confesor?

—No es él quien me preocupa, sino los hombres que le seguirán. Los clérigos, la curia y los *missi*⁴ que, con el pretexto de investigar la muerte por suicidio de una monja, intentarán imponer su voluntad en nuestro monasterio.

Beatrice no pudo ocultar su sorpresa.

—¿De verdad pensáis que sor Ágata se ha quitado la vida?

La madre Engilberta se mordió el labio.

—No es eso lo que creo —trató de remediarlo—. Sor Ágata era una buena persona, una monja devota y una perfecta esposa de Cristo. Bajo ningún concepto ofendería a Dios cometiendo el pecado mortal del suicidio, pero es justo eso, me temo, lo que pensarán los emisarios del obispo.

—Habláis como si quisierais acabar cuanto antes con un mero trámite... —se atrevió a comentar Beatrice, mientras se secaba una lágrima—. Como si no os afectara lo más mínimo la muerte de nuestra pobre hermana.

—Tú no lo entiendes.

—Eso ya me lo habéis dicho antes —contestó la novicia, alzando el mentón, como si estuviese hablando con una igual—, pero, en realidad, lo entiendo de sobra. Sé muy bien lo que significa estar a merced de la autoridad de los hombres y, aunque no disponga de una experiencia tan venerable como la vuestra, tengo bastante claro qué sucederá en cuanto los clérigos y hombres de armas crucen nuestras puertas. —Y la miró con firmeza—. No obstante lo anterior, considero que nuestro principal deber es hacer justicia a la muerte de sor Ágata y descubrir qué fue lo que le sucedió.

4 N. de la Trad.: Inspectores encargados de intermediar entre las administraciones locales y centrales.

—¿«Nuestro» deber? —repitió la madre Engilberta, frunciendo el ceño.

—Sí.

—No eres más que una ovejilla recién llegada a nuestro redil. No eres tú precisamente quien debe tomar decisiones como estas.

—Pero, *magistra abbatissa*... —objetó Beatrice.

La madre Engilberta la mandó callar con un gesto brusco.

—¡Ahora responderás a mis preguntas! ¡Y si vuelves a juzgar con tanto descaro mi conducta o mi forma de entender las cosas, aprenderás el significado más profundo de la palabra «penitencia»!

En los iris de la novicia surgió un destello de cierta irritación.

—¿Te ha quedado claro? —bramó la abadesa.

—Sí, *magistra*.

Como si dudase de la sinceridad de aquella respuesta, la madre Engilberta siguió escrutándola de manera imperiosa.

—Si no me falla la memoria —retomó el hilo de la conversación—, descubriste el cadáver cuando volvías de las letrinas. Según lo que has dicho, cruzaste el patio del claustro para ganar algo de tiempo y, al pasar junto al pozo, oíste un ruido sordo que provenía del interior.

Beatrice asintió.

—El cuerpo de sor Ágata se mecía como una campana —especificó esta última— y, con cada movimiento, chocaba con las paredes de la cavidad; ese es el ruido que oí.

La *magistra* no hizo comentarios.

—¿Viste a alguien más u oíste voces?

—No.

—¿Estás segura?

—El claustro estaba desierto. O, por lo menos, eso parecía. Pero si os referís a que alguien podría estar espiando...

—Retrocedamos al momento en el que fuiste a las letrinas. —La madre Engilberta cambió de tema—. ¿Qué camino tomaste?

—El de siempre —contestó Beatrice, encogiéndose de hombros—. Salí del dormitorio y crucé el huerto.

—¿Antes o después de que sonaran las campanas?

—Justo acababan de terminar.

La madre Engilberta asintió. Más o menos, coincidía con el momento en el que ella había bajado de la torre.

—¿Y tus hermanas? —continuó—. ¿Qué estaban haciendo mientras tú ibas de camino a las letrinas?

—Se dirigían a la iglesia, para el canto de maitines.

—¿Y ninguna de ellas reparó en la ausencia de sor Ágata?

Por primera vez, Beatrice pareció dudar.

—¿Os levantasteis todas a la vez? ¿Lo he entendido bien? —insistió la abadesa.

—Sí, *magistra*.

—Entonces, alguna tendría que haberse dado cuenta de que el catre de vuestra hermana estaba vacío.

La novicia miró hacia la ventana, desvelando con demasiada claridad las ganas que tenía de salir corriendo.

—¿Y bien? —la urgió la madre Engilberta.

—Y bien, tal y como confirmasteis hace un momento —respondió, evasiva, Beatrice—, no soy más que una ovejilla que acaba de llegar a vuestro rebaño y, como tal, todavía no entiendo del todo algunas costumbres de este monasterio.

—¿Qué costumbres? —se tensó la *magistra*.

Beatrice bajó la mirada y se puso a toquetearse una de las uñas de la mano derecha.

—Para seros del todo sincera, creo que deberíais preguntárselo a las hermanas más veteranas.

La abadesa permaneció inmóvil, temblando, presa de una cólera silenciosa que fue helando las paredes del locutorio. La novicia trataba de soportar aquel tormento intangible; luego, vio que los dedos de la reverenda madre se abrían como garras sobre la superficie de la mesa.

—De vez en cuando —se vio obligada a confesar—, sor Ágata tenía la costumbre de salir del dormitorio.

—¿Qué quieres decir con «de vez en cuando»?

—Casi todas las noches —se corrigió Beatrice, mientras empezaba a ponerse colorada de la vergüenza.

La madre Engilberta se inclinó hacia delante y la agarró del mentón, obligándola a que la mirara a la cara.

—¿Se veía con alguien?

—No lo sé, *magistra*.

—¿Con quién? —insistía la abadesa, agarrándola con más fuerza.

La novicia se zafó con un gemido.

—¡No lo sé! —exclamó, levantándose de repente de la silla justo en el momento en el que, acompañada por el lento chirrido de las bisagras, una monja anciana apareció en el umbral del locutorio.

—¡Sor Celeste! —la increpó la madre Engilberta, descargando sobre ella su frustración—. ¡Pensaba que había dejado muy claro que no quería que me interrumpieran!

—Han sacado el cadáver de sor Ágata del pozo —la informó con indiferencia la recién llegada. Tras reparar en la expresión consternada de Beatrice, volvió a dirigirse a la abadesa—: A la espera de recibir vuestras indicaciones, *magistra abbatissa*, he ordenado que lo depositen en el *putridarium*.⁵

—Muy bien —respondió la madre Engilberta, cortante—. Ahora vuelve con las demás. Que se reúnan todas en la iglesia para rezar. Llegaré antes de las campanadas de los laudes.⁶

—Una cosa más —se rezagó sor Celeste, dando unos pasitos lentos hacia la reverenda madre—. Al levantar los restos de sor

5 N. de la Trad.: El *putridarium* era un recinto funerario provisional, en cuyos asientos se depositaban los cadáveres de las monjas difuntas para su descomposición. Una vez terminado el proceso de putrefacción, se recogían los huesos y se trasladaban al osario.

6 N. de la Trad.: Hora canónica que coincide con el amanecer.

Ágata, las hermanas encontraron una pluma que llevaba colgada del hábito.

—¿Una pluma de tórtola o de paloma? —contestó la abadesa, soltando una risa nerviosa, como si le hubieran contado un chiste.

Con aquella imperturbabilidad suya, que tanto recordaba a una tortuga vieja, sor Celeste se llevó una mano a uno de los bolsillos de la túnica y extrajo una larga pluma de colores iridiscentes.

Con eso bastó para que la madre Engilberta se pusiera en pie, con el rostro contorsionado por el pavor.

—¡Salid! —exclamó, arrebatándole la pluma a la religiosa—. ¡Fuera las dos!

Capítulo 4

—Tened la bondad de explicármelo —dijo Beatrice—. ¿Por qué se ha asustado tanto la madre superiora?

—Tú camina —intentó callarla sor Celeste.

La novicia se abstuvo de responder, aunque, a decir verdad, no era ella la que más despacio caminaba de las dos. De vez en cuando, incluso tenía que detenerse para que la monja anciana la alcanzase, mientras oía cómo arrastraba débilmente los pies por el suelo de *opus signinum*.⁷

A su alrededor, los pilares del claustro presenciaban como mudos testigos su avance. De la misma forma, reflexionó Beatrice, también habían sido espectadores de la muerte de sor Ágata.

—Esa pluma... —preguntó, rompiendo de pronto el silencio que se había formado entre las dos—. Era una pluma de pavo real, ¿no es cierto?

—¿Y qué sabrás tú? ¿Has visto alguna vez un pavo real?

—He visto dos, en un mosaico.

—En un mosaico... —repitió sor Celeste.

—En una iglesia —aclaró Beatrice, henchida de dulzura por aquel recuerdo. Por aquel entonces, no era más que una niña. Iba de la mano de su padre, en la entrada de un suntuoso edificio atestado de gente. En el aire retumbaban las palabras del obispo, que se

7 N. de la Trad.: El suelo de *opus signinum* está hecho de trozos pequeños de tejas o ladrillos mezclados con mortero.

alzaba sobre el púlpito. Pero ella no lo escuchaba, pues estaba ensimismada contemplando una luneta decorada con minúsculas piezas que formaban la imagen de dos aves de colas llamativas, las cuales se aproximaban la una a la otra bajo la copa de un árbol.

—Tal vez eran águilas imperiales —propuso la anciana monja, devolviéndola con sus palabras a la realidad—. O dos fénix.

—Eran pavos reales —insistió la novicia—. Y sus plumas se asemejaban a la que le habéis mostrado a la *magistra abbatissa*.

—¿Y qué si es así?

—A juzgar por aquel mosaico —respondió Beatrice, cavilando acerca de la cara de pavor de la madre Engilberta—, los pavos reales no son animales que infundan miedo.

—Tienes razón —concedió sor Celeste—. Pero no siempre un objeto o un animal deben entenderse por lo que son. En ocasiones, poseen un significado metafórico.

—¿Qué queréis decir? —preguntó, llevada por la curiosidad, la novicia.

Sin dejar de arrastrar los pies por el suelo, la anciana fijó la mirada en el fondo del soportal, donde las aguardaba el portón tachonado de madera que conducía al interior de la iglesia.

—Existen significados literales y significados metafóricos —declaró tras aclararse la garganta—. Son literales cuando se refieren a las cosas por lo que son de verdad. En cambio, son metafóricos cuando esas mismas cosas se utilizan como alusiones a algo más.

Beatrice la observó maravillada.

—No imaginaba que... —murmuró.

—¿Qué? —La anciana se echó a reír—. ¿Que haya dedicado gran parte de mi juventud a los libros? —Y se apoyó en una columna para recobrar el aliento—. Mientras el Señor me concedió un buen uso de la vista, fui amanuense en un *scriptorium*.⁸ Copiaba,

8 N. de la Trad.: Dentro de los monasterios, sala destinada a la copia de manuscritos.

traducía y decoraba páginas de pergamino, velando por los frutos más preciosos de la sabiduría humana. San Agustín, Rábano Mauro,⁹ Bernardo de Claraval¹⁰... ¡Cuánto conocimiento adquirí de esos sublimes maestros! Pero el trágico día en el que la luz de mis pupilas se extinguió, me dispensaron sin más dilación de ese deber y me apartaron como si fuera un trapo viejo.

Ya afectada por el luto de sor Ágata y la discusión con la madre Engilberta, a Beatrice se le llenó el corazón de tristeza.

—No es justo —murmuró—. Aunque tengáis problemas de visión, podríais seguir transmitiendo a los demás vuestros conocimientos.

—¡Oh, claro que podría! Por supuesto que la docta Engilberta también podría, al igual que muchas otras monjas del pasado, muchas muy brillantes. Pero ¡responde, hija mía! ¿Qué clase de obispo, qué clase de papa le concedería a una mujer el privilegio de declamar su sabiduría desde lo alto de una cátedra?

La joven permaneció en silencio. Tenía poco más de siete años cuando, en mitad de una misa, oyó por primera vez la expresión *foemina est instrumentum diaboli*.¹¹ Una expresión que los predicadores, alentados por las enseñanzas de san Ambrosio y san Jerónimo, divulgaban como si de un mandamiento divino se tratara. Tal y como deseaba la iglesia concebida por Pablo de Tarso, ironizaban con amargura sus hermanas: la iglesia que se obcecaba en relegar a las hijas de Eva a la sumisión y la obediencia. A la resignada convicción de ser criaturas lascivas, imperfectas, inferiores respecto a los hombres.

Y fue entonces, de súbito, cuando Beatrice comprendió el significado profundo de todo lo que había insinuado la madre Engilberta en lo referente a los emisarios del obispo.

9 N. de la Trad.: Teólogo alemán, autor de numerosas obras de índole religiosa.

10 N. de la Trad.: Influyente monje francés de la orden cisterciense, la cual se expandió ampliamente por Europa gracias a sus esfuerzos.

11 N. de la Trad.: «La mujer es el instrumento del diablo».